



Estudios Sociológicos

ISSN: 0185-4186

revistaces@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Stern, Claudio

Estereotipos de género, relaciones sexuales y embarazo adolescente en las vidas de jóvenes de diferentes contextos socioculturales en México

Estudios Sociológicos, vol. XXV, núm. 73, enero-abril, 2007, pp. 105-129

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59807304>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Estereotipos de género, relaciones sexuales y embarazo adolescente en las vidas de jóvenes de diferentes contextos socioculturales en México*

*Claudio Stern***

Antecedentes y objetivos

ESTE ARTÍCULO ABORDA el tema del papel que desempeñan los estereotipos de género en el inicio de las relaciones sexuales, en el uso o no uso de anti-conceptivos, en el embarazo adolescente y en los nacimientos tempranos en diferentes contextos socioculturales de México.

Una visión crítica de los supuestos que se sostienen habitualmente para definir el embarazo adolescente como un problema social (Nathanson, 1991; Luker, 1996; Stern, 1997) condujo al autor principal de este artículo a propo-

* Versiones anteriores de este artículo fueron presentadas en el XXIV Congreso General de Población realizado en Bahía, Brasil, en agosto de 2001 y en el VI Encuentro del PIEM, realizado en El Colegio de México en noviembre de 2003. Por circunstancias ajenas al autor, que no vienen al caso mencionar aquí, no fue publicado antes. No obstante el tiempo transcurrido desde que se realizaron el trabajo de campo y el análisis de la información, sin embargo, no parece que los fenómenos aquí analizados hayan sufrido cambios mayores en este lapso.

** Agradezco la colaboración de Elizabeth Cueva, Elizabeth García, Alicia Pereda y Yuriria Rodríguez en la investigación y la elaboración de este trabajo.

ner que el significado del embarazo adolescente y las consecuencias que éste tiene para los individuos involucrados, sus familias, las comunidades y la sociedad en general, difieren ampliamente entre los distintos grupos sociales (Stern, 1995b). Esta visión, conjuntamente con una perspectiva crítica sobre las investigaciones realizadas en este campo a mediados de los años noventa, lo condujeron a proponer un enfoque diferente de investigación sobre este fenómeno (Stern y García, 1999).

En este contexto, el autor principal inició en 1998 un proyecto sobre el significado y las consecuencias del embarazo adolescente en diferentes contextos socioculturales, con el objetivo principal de mejorar la comprensión que se tiene acerca de la interacción de los factores económicos, sociales y culturales involucrados en los embarazos tempranos, con el fin de contribuir al debate de las políticas públicas sobre el tema y así mejorar las condiciones relacionadas con estos embarazos.¹ Este artículo forma parte del proyecto mencionado.

Elementos conceptuales

Los *estereotipos* pueden definirse como creencias fuertemente arraigadas acerca de las características que se atribuyen a ciertas categorías de personas. No es muy importante establecer hasta qué punto estas creencias corresponden a las características reales de estas personas, dado que los estereotipos se graban inconscientemente a través del proceso de socialización y no se adquieren a través de la experiencia ni de la razón (Huici y Moya, 1997; Amorós, 1995). A pesar de ello, la influencia de los estereotipos en el comportamiento social humano es muy grande. Su importancia radica, en parte, en el hecho de que, al predisponer el comportamiento hacia los otros, tienden a provocar en esos otros una respuesta esperada, contribuyendo de esa manera a reforzar el estereotipo. El poderoso componente inconsciente de los estereotipos, así como la importante función de normalización de los comportamientos que generan, ayudan a explicar por qué son tan difíciles de cambiar, aun cuando las condiciones sociales que parecen originarlos y mantenerlos sufran cambios importantes.

Sin embargo, la relación entre los estereotipos y los comportamientos es compleja; los estereotipos tienden a mantenerse en el nivel del discurso aun

¹ Este proyecto se llevó a cabo con el apoyo financiero del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México y del Programa Especial sobre Investigación, Desarrollo y Capacitación para la Investigación en Reproducción Humana de la Organización Mundial de la Salud.

cuando las conductas reales ya no correspondan a ese discurso. De igual forma, los estereotipos pueden observarse operando en los comportamientos al mismo tiempo que son negados en el nivel del discurso.

Sexualidad, género y clase social

Tal y como Henriques-Mueller y Yunes, entre otros, han planteado, “la imagen de género es la base del camino en el cual los adolescentes comienzan a adquirir su identidad como hombres y mujeres porque los conduce a interiorizar patrones de comportamiento esperados, los cuales determinan las expectativas existentes para hombres y mujeres” (Henriques-Mueller y Yunes, 1993:47, traducción propia).

En la última década, diversos estudios en países latinoamericanos han subrayado la importancia de los estereotipos y las relaciones de género en la sexualidad adolescente (entre otros, Paiva, 1993; Pantelides, Geldstein y Domínguez, 1995; Castañeda *et al.*, 1997; Amuchástegui, 1998; 2001; Mendieta, 1998; Arias y Aramburú, 1999. Véase también una revisión de estudios realizados en México, en Szasz, 1998).

Estos estereotipos tienden a encontrarse ampliamente difundidos a lo largo de culturas específicas, ya que forman parte de ellas, y están relacionados en mayor o menor medida con las normas y los valores religiosos (véase Amuchástegui, 2001, cap. VI). Sin embargo, pueden encontrarse importantes, aunque a veces sutiles, variaciones de estos estereotipos entre diferentes grupos sociales al interior de estas culturas, y lo que es aún más relevante, tiende a haber variaciones significativas entre distintos grupos, tanto en términos de la importancia relativa de los diferentes estereotipos, como de la correspondencia entre las normas que se derivan de los estereotipos y las prácticas sociales reales.

Algunos autores tenderán a interpretar estas diferencias y tensiones como indicativas de cambios sociales y culturales, como un desgaste del poder normativo de las creencias tradicionales y posiblemente esperarán que sean sustituidas, a su debido tiempo, por otros valores más “modernos”, “progresistas”, “liberales” y “no patriarcales”. Tal y como lo menciona Mendieta, “dado que un estereotipo es una construcción sociocultural, se puede afirmar que los seres humanos poseen el poder para su transformación...” (Mendieta, 1998:74). En la actualidad, muchas políticas sociales se basan implícita o explícitamente en estos supuestos, y se abocan a inducir cambios culturales; por ejemplo, la educación para la igualdad de género y para el empoderamiento de la mujer.

Otros autores pueden interpretar estas variaciones como un resultado de la interacción entre el género y la clase (condiciones socioeconómicas, oportunidades y opciones de vida desiguales). De acuerdo con esta visión, y dependiendo de las condiciones sociales de clase, ciertos estereotipos o ciertas características de éstos predominarán sobre otros en las prácticas sexuales y en sus resultados. Por ejemplo, el imperativo de la maternidad puede ser eclipsado por el riesgo de poner en peligro el estatus de clase de una adolescente de clase media alta, conduciendo a la interrupción de su embarazo; mientras que, en contraste, este mismo imperativo puede conducir a una joven de un contexto urbano marginal a un parto y a una unión tempranos, ya que aumentarían su estatus social y no existirían otros planes futuros que peligrarían. En este caso, las políticas sociales enfatizarían la necesidad de cambiar las condiciones sociales y económicas que conducen a los nacimientos y a las uniones tempranas, con la finalidad de generar una demanda para posponer esos embarazos.

Es probable que ambos componentes —el cambio cultural y la desigualdad socioeconómica— jueguen un rol en este ámbito y deban ser tomados en cuenta simultáneamente. Tal y como Szasz (1998:81) lo propone: “las investigaciones incipientes y las reflexiones sobre sexualidad y género sugieren que los significados y las prácticas sexuales de las mujeres constituyen formas de adaptación o de resistencia a las normas culturales, pero también representan estrategias relacionadas con sus condiciones materiales de vida y con su situación social”.

Muy pocos estudios han tratado estos temas de manera específica, aun cuando algunos los han abordado tangencialmente (Amuchástegui, 2001; Mendieta, 1998). Consideramos que nuestro estudio puede contribuir a comprender mejor este asunto, y este artículo constituye una primera aproximación a ese objetivo.²

Metodología

Este artículo se basa fundamentalmente en los resultados del trabajo etnográfico y de entrevistas grupales realizados en tres contextos socioculturales: un sector marginal urbano de la ciudad de México, un sector “popular” en Matamoros, Tamaulipas, y un sector de clase media alta de la ciudad de México (más adelante describiremos algunas características de estos contex-

² Véase también Szasz (2006), trabajo del que tuvimos conocimiento cuando nuestro artículo ya había sido sometido a publicación.

tos). El criterio principal para elegir los tipos de contexto —marginal, popular, clase media alta— se fundamenta en nuestra tesis de que el embarazo adolescente y los fenómenos relacionados con éste presentan diferencias importantes entre los estratos o las clases sociales (véase Stern, 1995b). Con base en dicha tesis, buscamos tres contextos sociales que pudieran ubicarse en estratos diversos y que permitieran la observación de las similitudes y diferencias que se presentan entre ellos en relación con el fenómeno bajo estudio.³

El trabajo etnográfico incluyó visitas a las comunidades durante un largo periodo, observación de la vida cotidiana, recopilación y análisis de datos secundarios, entrevistas con informantes clave, conversaciones informales con jóvenes y padres y la participación en algunos eventos sociales.

Las entrevistas grupales fueron realizadas con grupos de entre 5 y 10 jóvenes entre los 15 y los 21 años,⁴ y se exploraron los temas siguientes: de la infancia a la adolescencia y a la adultez; relaciones entre hombres y mujeres durante la adolescencia; sexualidad; iniciación sexual; abuso sexual; embarazos adolescentes y sus resultados, expectativas y planes de vida. Las entrevistas fueron videograbadas y audiograbadas, se hicieron transcripciones y se realizaron análisis de contenido de los textos con la ayuda del paquete Ethnograph.

Inicialmente el análisis estuvo dirigido a descubrir y describir las representaciones de las normas sociales predominantes en cada contexto —tanto las normas más generalizadas o frecuentes, como sus variaciones—. Un segundo paso fue interpretar el significado y la posible función de estas normas en la conducta —expresada o asumida— de los hombres y las mujeres jóvenes. Un tercer paso estribó en contrastar las normas en términos de relaciones de

³ El proyecto madre del que forma parte este artículo (véase Stern, 2003a) contempla que, además de las diferencias que se derivan de las condiciones socioeconómicas propiamente dichas —o sea del estrato social al que pertenecen las comunidades—, se encontrarían también diferencias derivadas del contexto histórico-cultural en que se ubican éstas. Para poner a prueba dicha hipótesis, seleccionamos para el proyecto en su conjunto dos comunidades que pertenecen al estrato “popular” pero que se ubican en contextos histórico-culturales muy diversos: Tonalá, Jalisco y Matamoros, Tamaulipas. En este artículo sólo incluimos esta última, ya que no analizamos aquí las diferencias culturales, sino sólo las socioeconómicas.

⁴ Dado el hecho de que estábamos interesados en conocer lo que sucede durante la adolescencia, decidimos trabajar con informantes que, en su mayoría, habían traspasado ese periodo de sus vidas. Teniendo en consideración que la “adolescencia”, definida como “el periodo de vida entre la infancia y la adultez”, varía entre diferentes grupos sociales, decidimos ser flexibles al determinar el rango de edades de los participantes en cada contexto social, basando la definición en nuestro previo conocimiento del tema, obtenido éste a través de trabajo del campo etnográfico.

género y sus posibles resultados. Un cuarto y último paso consistió en comparar los tres contextos socioculturales con el fin de precisar similitudes y diferencias entre ellos, así como las posibles consecuencias de éstas en términos de embarazo adolescente, sus determinantes y consecuencias y de las recomendaciones que, para políticas públicas, pueden desprenderse de ellos.

Las entrevistas grupales con hombres y mujeres se llevaron a cabo por separado. Las sesiones de entrevista tuvieron una duración de entre hora y media y tres horas, y fueron realizadas por diferentes investigadores en cada contexto social.

El propósito principal de las entrevistas grupales era llegar a conocer las *normas sociales* prevalecientes en cada contexto social en relación con los distintos temas que se exploraron. Buscamos incentivar a los participantes a que describieran cuándo y cómo suceden las cosas en su entorno social. Les dijimos que estábamos interesados en comprender cómo viven y experimentan sus vidas los jóvenes de diferentes condiciones sociales, que no juzgaríamos lo que nos dijeran, que todas las opiniones eran válidas y bienvenidas, que el contenido de la entrevista era confidencial y que no se identificaría a ninguno de los participantes. Les pedimos que firmaran cartas de consentimiento, lo cual hicieron todos.

Se preparó una guía de entrevista y se probó con jóvenes de clase media alta. A los entrevistadores de los otros contextos sociales se les dieron instrucciones de adaptar la guía de acuerdo con las condiciones locales.⁵

Dados los diferentes orígenes, entrenamiento y experiencia de los entrevistadores que participaron en las entrevistas grupales, así como las particularidades de los grupos finalmente convocados y de las comunidades seleccionadas, no podemos argumentar que las entrevistas sean comparables entre sí, en sentido estricto, ni que los resultados sean representativos de los sectores sociales involucrados, ni que puedan hacerse generalizaciones con base en ellos.

Resultados

A continuación describiremos algunas de las principales características de cada uno de los contextos socioculturales analizados, seguidas por algunos

⁵ La guía incluyó una sección en que se pedía a los participantes crear una historia acerca de una muchacha y un muchacho que comienzan a salir juntos, se hacen novios, tienen relaciones sexuales, etc., para así llegar a las representaciones sociales de lo que se supone que ocurre en sus respectivos contextos sociales. Los resultados de la utilización de esta técnica fueron altamente exitosos en la obtención de lo que se piensa que son las principales trayectorias de acción, así como de diferentes opciones de posibilidades alternativas en cada contexto social.

de los principales resultados obtenidos en cada uno de ellos, en términos de la interacción entre género, sexualidad y embarazo.

El sector marginal-urbano

Hornos, la comunidad marginal incluida en nuestro estudio, contaba con aproximadamente 8 500 habitantes en el año 2000. Está ubicada en el sur de la ciudad de México, rodeada por vecindarios altamente urbanizados y por grandes edificios con apartamentos de interés social. Sus orígenes se remontan a la década de los años cincuenta, cuando un grupo de familias dedicadas a la fabricación de ladrillos se asentó allí y lentamente fueron obteniendo los derechos de propiedad de sus lotes. Desde entonces, otras oleadas de colonos, apoyadas por partidos y grupos políticos, han seguido los mismos procedimientos de invadir terrenos públicos y luego luchar por su propiedad. Como la mayoría de las comunidades urbano-marginales en otras grandes ciudades, Hornos se caracteriza por los siguientes rasgos: *a)* una precaria infraestructura sanitaria (pocas calles pavimentadas, viviendas humildes, muy pocas casas conectadas al alcantarillado o a la red de agua potable); *b)* empleos inestables, la mayoría en el sector informal; *c)* baja escolaridad (por debajo de la secundaria terminada); *d)* escasez de servicios públicos (escuelas, clínicas de salud, parques deportivos); *e)* alcoholismo y drogadicción como parte de la imagen pública; *f)* muchas familias “incompletas” y hogares con jefatura de familia femenina.

Los niños y los jóvenes pasan la mayor parte del tiempo en las calles de la comunidad, lo que hace que su conducta sea muy visible para los demás. La mayoría de las mujeres permanece en sus hogares la mayor parte del tiempo. Los hombres entran y salen de la comunidad dependiendo de si tienen o no trabajo remunerado, el cual desempeñan, la mayoría de las veces, fuera de ésta. Los jóvenes que estudian y/o trabajan fuera de la comunidad son estigmatizados y vistos como extraños por aquellos que ni estudian ni trabajan.

Los bailes, que se llevan a cabo casi todos los fines de semana en la comunidad, son de las pocas actividades en que las mujeres y los hombres adolescentes pueden socializar abiertamente. Los encuentros heterosexuales privados tienden a efectuarse en las esquinas oscuras de los límites entre Hornos y los vecindarios cercanos.

El ciclo de vida es corto: la niñez termina aproximadamente a los 11 años, cuando muchos niños son iniciados en el alcohol y las drogas. La “adolescencia” (que no se denomina así) termina entre los 15 y los 16 años, cuan-

do la mayoría de los muchachos ha dejado ya la escuela —considerada por los hombres jóvenes como una actividad infantil—. Los varones trabajan de forma intermitente y se vuelven relativamente independientes de sus familias, o al menos cortan sus vínculos emocionales con ellas, aunque en su mayoría siguen viviendo con sus familiares; muchas jóvenes se embarazan; la mayoría establece una unión —usualmente de corto plazo— y muchas terminan siendo cabeza de familia. De ahí en adelante se trata de luchar por sobrevivir: para los hombres, intentando conseguir trabajo y mantenerse como proveedor, lo cual la mayoría de las veces termina siendo imposible y tiende a conducir a la violencia familiar, al alcohol y a cortar los vínculos con la mujer y los hijos; para la mujer, la vida se centra en la crianza de los hijos y en asegurar un ingreso para su supervivencia. Las historias de estas vidas a menudo tienden a ser dramáticas. En muchas de ellas sobresalen la inseguridad, la vulnerabilidad y la precariedad.

En este contexto podemos identificar dos ideas recurrentes con respecto a la construcción de la masculinidad: *a)* la necesidad de mostrarse a sí mismo y de ser aceptado públicamente como varón por sus pares, las muchachas y los adultos y; *b)* la percepción de la sexualidad como un instinto natural cuyo ejercicio confirma la virilidad.

La interpretación biológica de la sexualidad masculina la vincula con una necesidad ciega que desajusta al sujeto hasta que encuentra un medio de satisfacerla. Este imperativo de saciar el impulso sexual legitima la búsqueda del placer que, a la vez, confirma públicamente la masculinidad. En este sentido, las características centrales del estereotipo masculino presentan al varón como un individuo audaz y arriesgado, listo para transgredir los límites, no sólo en el terreno de la sexualidad, sino también en otras prácticas, como el consumo de alcohol, de drogas y aun incurriendo en actos criminales; todo en aras de confirmar públicamente que se es un “hombre verdadero”. Por esta razón, no contempla la posibilidad de utilizar medidas preventivas en sus prácticas sexuales, excepto —y muy raramente— cuando tiene sospechas del riesgo de contraer una enfermedad de transmisión sexual. El riesgo de un embarazo no planeado y no deseado se considera remoto o totalmente ausente de sus preocupaciones. Por el contrario, la fuerza del estereotipo, estimulado por el contexto social, lo llevan a concentrar sus preocupaciones en sí mismo. La posibilidad de utilizar métodos anticonceptivos en sus relaciones sexuales es muy remota, no tanto por falta de información —aun cuando los informantes manifestaron que dicha información es escasa e inadecuada— sino debido al hecho de que embarazar a una chica (la novia, una amiga, una relación casual) no afecta negativamente su imagen. Lo que es más, cuando existe un lazo afectivo con la chica y se contempla la posibilidad de la pater-

nidad, el estereotipo de convertirse en un “verdadero hombre adulto” puede estimularlo a dejar el alcohol y las drogas y a buscar un trabajo que le permita hacerse responsable de la chica y de su bebé (véase Stern *et al.*, 2003b).

Con respecto a la construcción del estereotipo femenino, la expresión “el hombre llega tan lejos como la mujer se lo permite”, subraya una idea central que confronta a la mujer con una doble tarea: por un lado, mantener a raya la “natural” e incontrolable sexualidad de los hombres; y por el otro, controlar su propia sexualidad con el fin de ser reconocida públicamente como una joven respetable.

En este contexto social, la respetabilidad consiste en mostrarse indiferente cuando un joven comienza a cortejarla, particularmente si ella se siente atraída por él. La clave radica en “hacerse desear” como un sinónimo de “hacerse respetar”, una expresión que apareció dentro de los tres contextos sociales analizados. ¿Para quién se lleva a cabo este juego que está vinculado fuertemente con el galanteo y la seducción? En primer lugar, para las mujeres mismas en la medida que les permite confirmar, frente a la propia familia y frente a los extraños, la cualidad de ser una joven respetable. En segundo lugar, porque refuerza la masculinidad: la joven se hace difícil de alcanzar, respetable, valiosa, vale la pena obtenerla; y al mismo tiempo porque pone en juego las cualidades del cazador, quien se consolida como un verdadero hombre cuando logra su conquista. En este sentido, el valor de la femineidad es otorgado por la “calidad” de las relaciones, mientras que el de la masculinidad es dado por la cantidad de experiencias. A esto se relaciona también la distinción entre jóvenes “buenas” y “malas”, que está ligada al éxito o al fracaso para poner límites a los “incontrolables” instintos sexuales masculinos. Esta distinción es retomada por las mujeres con el fin de valorizarse a sí mismas en el mercado matrimonial. Con ella confirman su respetabilidad frente a sí mismas y frente a los otros, contribuyendo al mismo tiempo a la construcción de otro estereotipo que atraviesa las relaciones de género: “Cuando las mujeres dicen que no, realmente quieren decir que sí” (véase Villaseñor Farías y Castañeda, 2003:50).

¿Por qué es importante para las jóvenes de este contexto social el “darse a respetar”? Porque ello puede representar una mejor garantía para que el hombre asuma la responsabilidad frente a un embarazo. Vale la pena mencionar que las mujeres jóvenes en estos contextos reciben fuertes presiones sociales cuando llegan a cierta edad —alrededor de los dieciocho años— sin una pareja o sin un hijo. Por el contrario, un embarazo a los dieciséis o diecisiete años, una unión consensual y la maternidad —eventos que tienden a ocurrir en ese orden— se adecuan a las expectativas más importantes de una mujer joven de este sector y, con mucha frecuencia, también significan la

posibilidad de escapar de una posición desventajosa en su familia de origen (trabajo doméstico, cuidado de hermanos menores, maltrato y abuso) (véase Román Pérez, 2000).

Esta posición desventajosa coincide con la devaluación social de la femineidad, que se sintetiza en la expresión “las mujeres son más sufridas”. Para enfrentar los efectos negativos de ser una mujer, las jóvenes cuentan con un arma poderosa: la maternidad, que es una forma rápida de obtener reconocimiento y de garantizarse un lugar en la familia y la comunidad. De hecho, las niñas y las jóvenes parecen estar confinadas a un limbo de donde sólo pueden salir cuando adquieren el estado de la maternidad. A partir de ese momento, ganan respeto de y para sí mismas y pueden incluso hasta contemplar la posibilidad de que su relación de pareja esté a prueba y que, en caso de ser necesario, pueden criar a sus hijos sin el apoyo de su pareja.

En vista de estos rasgos estereotípicos que atraviesan las historias de las jóvenes entrevistadas, nos podríamos preguntar por qué ellas tendrían que tomar precauciones frente a la posibilidad de un embarazo si las consecuencias de tal suceso parecen ser más favorables que negativas. Efectivamente, para la chica significa, en la mayoría de los casos, escapar de una situación desventajosa en su hogar y/o comenzar su propia vida, siguiendo una trayectoria frente a la cual pareciera no haber opciones más atractivas. Para el chico, la paternidad es la mejor prueba de hombría, de potencia, de virilidad. El momento de aceptar o no esa paternidad vendrá más tarde, pero el hecho de haber fecundado a una mujer ya le confiere un reconocimiento social. Si decide aceptar a la joven y al niño, la opción en sí constituye por lo general un estímulo para buscar trabajo y dejar el alcohol y las drogas. Si no fuera este el caso, la muchacha, luego de una reprimenda, recibirá el apoyo de su familia y continuará su vida con su nueva posición de madre. Por lo tanto, un embarazo temprano, en los sectores marginales, constituye un medio para satisfacer —de manera diferenciada según el género— algunas necesidades de la pareja involucrada, satisfaciendo a la vez las expectativas —explícitas e implícitas— de las familias de la comunidad.⁶

Pensamos que el análisis de lo que ocurre en este contexto social ofrece pistas importantes para profundizar en nuestro conocimiento acerca de los vínculos entre el contexto social, las opciones de vida, la sexualidad y los obstáculos para adoptar prácticas de “sexo seguro”.

⁶ Quizá no sea el *deseo* de que las hijas se embaracen tempranamente, pero sí lo que saben que es más probable que ocurra y que no deja de representar ciertos beneficios para muchas familias involucradas, tales como no tener que seguir manteniendo a la hija si ésta se une o se casa.

El sector popular-urbano

En contraste con las comunidades marginales de los grandes centros urbanos, los sectores de la sociedad que viven en colonias populares, que en las grandes ciudades mexicanas abarcan el mayor porcentaje de la población, cuentan con la mayoría de los servicios urbanos y sanitarios (electricidad, alcantarillado, agua potable, escuelas, clínicas de salud, policía, parques y campos deportivos); las casas son más sólidas; los hogares tienden a tener más aparatos electrodomésticos, tales como aspiradoras y lavadoras; algunas familias poseen automóvil; la familia nuclear es probablemente el tipo más común de familia, y se le otorga un gran valor; por lo general los padres terminan la escuela secundaria y los hijos acuden a la escuela preparatoria y en muchos casos entran a la universidad; muchas jóvenes trabajan antes del matrimonio y muchas se casan después de los 20 años.

La colonia Mariano Matamoros, que seleccionamos como el contexto social popular-urbano para este artículo, tenía aproximadamente 5 000 habitantes en el año 2000. Fue constituida en su mayor parte durante los años sesenta para el reacomodo de familias que habitaban propiedades ilegales en las cercanías. Más tarde, muchos de los lotes fueron vendidos, a través del sindicato de maestros, a profesores de primaria y secundaria. La colonia tiene parque, centro comunitario y campo deportivo propios. El empleo, especialmente para las mujeres, creció de manera significativa en los años setenta con la multiplicación de maquiladoras. También había posibilidades de trabajo para hombres y mujeres al otro lado de la frontera con Estados Unidos. La mayoría de los jóvenes asiste a la escuela cursando la preparatoria fuera de la colonia, y tratan de posponer el matrimonio hasta la tercera década de sus vidas. Muchos de ellos aspiran a estudiar una carrera técnica para luego trabajar en alguna industria manufacturera. Las jóvenes aspiran a trabajar en una maquiladora por algunos años con el fin de contar con su propio dinero para comprar ropa y productos de belleza, y luego casarse y tener hijos. Algunas aspiran a estudiar una carrera como pedagogía o pediatría.

La principal diversión de los jóvenes es ir al cine y a las “discos” durante los fines de semana, para poder socializar con el sexo opuesto y divertirse. Los noviazgos en muchos casos comienzan entre estos grupos de amigos. Los encuentros heterosexuales en las “discos” son conocidos como “frees”; en ellos, las relaciones se establecen sin compromiso de ninguna de las partes y sirven a manera de prácticas informales de socialización sexual.

La masculinidad en este contexto social aparece construida en torno al estereotipo del varón fuerte y responsable que toma la iniciativa, particularmente en sus relaciones con el sexo opuesto. Un signo inequívoco de hom-

bría es haber sido iniciado sexualmente. Esto responde a una exigencia que los hombres deben satisfacer: iniciar sexualmente a su pareja, cuando llegue el momento oportuno.

Dado que las características del estereotipo masculino refuerzan la imagen de asertividad y le dejan a él la iniciativa, la iniciación de prácticas sexuales con su pareja responde a un ritual que combina la insistencia del hombre con la resistencia de la joven durante un periodo relativamente largo —que puede durar meses o incluso años—, y tiende a ocurrir cuando la muchacha tiene ya alrededor de 18 o 19 años. Es poco probable que el joven tome precauciones que puedan poner en entredicho su hombría y la confianza de la chica en él, quien sólo se preocupará de las infecciones de transmisión sexual (ITS) cuando acuda con prostitutas. La pareja podría comenzar a tomar precauciones una vez que su compromiso se haga público y sea aceptado, pero normalmente esto ocurre sólo después de los primeros encuentros sexuales, los cuales se realizan sin protección.

Frente a un embarazo inesperado, el hombre normalmente enfrentará las consecuencias, pero sólo cuando la chica sea “seria”. Esto constituye un refuerzo del estereotipo: hacerse cargo, enfrentar la responsabilidad de sus actos. Si existen dudas acerca de la reputación de la joven, se justifica su abandono y ello representa una prueba del poco valor y prestigio social de la chica.

El estereotipo femenino en este contexto social puede ser sintetizado con dos máximas de sentido común: “no es suficiente con ser (casta), también hay que parecer (casta)”; y “a un buen esposo, lo hace una buena esposa”. La primera está vinculada directamente con la respetabilidad de las jóvenes, la cual tienen que afirmar y confirmar públicamente. Por lo tanto, ser mujer no se asocia directamente con ciertas prácticas, cualidades o algún otro aspecto imputable estrictamente a “lo femenino”, sino con el hecho de construir y mantener una imagen frente a los ojos de los demás.

¿Por qué resulta importante ser respetable y demostrarlo públicamente? Porque es la única manera de casarse, tener hijos y formar una familia respetable. Esto puede lograrse mediante la aceptación de controles y prohibiciones, tales como no salir de la casa sin permiso, mantener cierta distancia con los vecinos, evitar la interacción con chicas de dudosa reputación, evitar relacionarse con otros hombres, excepto en lugares socialmente aceptables y bajo la supervisión familiar, no cambiar de novio con frecuencia, no utilizar lenguaje soez o vulgar, no tomar la iniciativa en sus relaciones de pareja, etc. Por lo tanto, el estereotipo femenino se construye alrededor de una serie de restricciones que, dentro del campo de la sexualidad, están dirigidas a la negación del cuerpo y del deseo, y que tienen implicaciones en la forma en que las jóvenes aceptan tener relaciones sexuales y en las consecuencias de ello.

En este sentido, debe señalarse que para las jóvenes la iniciación sexual implica el rompimiento de una norma, por lo cual debe justificarse con un argumento poderoso que permita mantener la distancia entre una joven “buena” y “seria”, y las “malas” y “fáciles”, aun cuando la joven en cuestión habrá perdido un atributo valiosísimo cuando necesite confirmar su respetabilidad. Este papel lo desempeña el discurso del amor que, tal y como veremos, aparece como expiación y como trampa. Veamos cómo opera esto.

La ruptura de la norma que aconseja la abstinencia sexual, basada ésta en el significado implícito de la ausencia del deseo femenino, sólo puede justificarse mediante el amor. Pero sólo si éste responde a una emoción tan intensa y desbordada que conduzca a la joven a perder literalmente la cabeza hasta el punto de acceder a una pasión momentánea. Si la conducta sexual de la joven no confirma esta idea —el exceso de amor como justificación del impulso sexual— la imagen de respetabilidad será seriamente cuestionada. No obstante, su falta de control no autoriza a la joven a tomar iniciativas o a externar una conducta apasionada. El estereotipo de la joven mujer asexual: modesta, tímida, inexperta, constituye una prueba que refuerza el requisito previamente mencionado. Por lo tanto, aun cuando la relación de pareja tenga una cierta estabilidad y continuidad, y aun cuando los jóvenes hablen de sexualidad, es difícil pensar que ella pueda poner exigencias relacionadas con la utilización de métodos anticonceptivos. También resulta difícil que los hombres tomen esta decisión, ya que un signo de virilidad consiste en la satisfacción del deseo sexual que, con el fin de ser saciado sin impedimentos, supone un ejercicio libre, sin controles ni reglas.

Y además, ¿por qué utilizar protección o algún anticonceptivo cuando la relación se basa en la confianza mutua? Confianza en la fidelidad mutua y también en que el hombre asumirá la responsabilidad si cualquier cosa (un embarazo) ocurre.

La situación antes mencionada obviamente coloca a la pareja en una situación de riesgo de un embarazo no planeado (y de ITS) porque este juego de apariencias y realidades hace difícil establecer una comunicación fluida con el otro y reconocer los propios deseos y necesidades con respecto a la sexualidad. A esto podemos agregar el silencio y el secreto en que tienden a desarrollarse las relaciones afectivas. A pesar de la existencia de lugares donde cultivar relaciones heterosexuales supervisadas por adultos como un paso previo a los noviazgos, lo anterior genera un conflicto entre las jóvenes y sus familias. Por esta razón, la relación se mantiene en secreto frente a los padres, al menos en sus inicios. Sin embargo, por otro lado se ejerce presión sobre la joven para que tenga novio después de cumplir los quince años. Esta situación, aparentemente contradictoria, refuerza la imagen de la dualidad

entre ser y parecer, alrededor de la cual se construye el estereotipo de la femineidad dentro de este contexto social. Podemos agregar que, aun cuando las jóvenes cuestionen esta conducta de los padres, esperan que la familia ejerza un control relativamente estricto que, en algún grado, contribuye a reforzar su imagen de respetabilidad.

La segunda máxima: “A un buen esposo, lo hace una buena esposa”, permite entender el ritual que conduce a la iniciación sexual entre los enamorados. Las mujeres dilatan la iniciación sexual por un periodo relativamente largo (digamos más de un año), durante el cual el novio probablemente ha insistido repetidamente. Esta demora tendrá por lo menos dos efectos: en primer lugar, permite confirmar, a los ojos del galán, que la respetabilidad de la chica es un hecho real, y en segundo lugar, las jóvenes tendrán tiempo suficiente para escoger entre los mejores candidatos. Podemos suponer que, en el transcurso de este tiempo, los miembros de la pareja se conocerán lo suficiente como para estar seguros de que ambos cubren las condiciones necesarias para consolidar una relación con algunas probabilidades de éxito.

El sector de clase media alta

Los sectores de clase media alta en México constituyen una pequeña proporción (probablemente menos del 10%) de la población. El contraste entre su nivel de vida y el del resto de la población es abismal. En grandes ciudades, tales como la ciudad de México, tienden a vivir en barrios bien protegidos, con guardias de seguridad en la entrada y varios sirvientes —chofer, sirvientas, jardinero— que hacen prácticamente imposible que un desconocido llegue a la familia.⁷

Tienden a vivir en casas solas, en conjuntos residenciales elegantes y por lo general tienen o comparten una casa o un departamento en la playa y/o en Europa o Estados Unidos, adonde viajan durante las vacaciones. Poseen automóviles lujosos de modelo reciente —últimamente por lo menos una camioneta— y obviamente todas las novedades tecnológicas para cada miembro de la familia. Los varones adultos son dueños de empresas o trabajan en las altas esferas de grandes corporaciones o en altos cargos del gobierno. Muchas de las mujeres adultas también trabajan, la mayoría medio tiempo. Los niños

⁷ Habíamos planeado trabajar en una colonia de clase media alta al sur de la ciudad de México, pero tuvimos que renunciar a ello y contactar adolescentes en escuelas particulares ubicadas en dicha colonia y en otras aledañas, reconocidas como pertenecientes a este sector de la población.

tienen poco contacto con sus padres y son atendidos en el hogar por terceras personas.

El periodo de la adolescencia, que comprende entre los 13 y los 19 años, es claramente reconocido por este sector de la población. Prácticamente todos los jóvenes van a la escuela en este periodo y la mayoría entra a la universidad pasados los 19 años. Pasan poco tiempo en sus casas; después de la escuela toman clases de arte, cultura o deportes. La socialización se realiza casi siempre en la escuela o en grandes centros comerciales u otros lugares con toda clase de amenidades —cines, cafés, restaurantes, boutiques— adonde los adolescentes van atraídos por los artilugios de la industria del consumo. Los fines de semana la mayoría de los jóvenes asiste a exclusivas “discos”. Muchos van de vacaciones a las playas, en grupos organizados por las escuelas o por agencias de viajes, sin vigilancia paterna, lo cual facilita el consumo de alcohol y muchas veces también los encuentros sexuales esporádicos. El consumo de alcohol y drogas, que con frecuencia se inicia a edades tempranas —entre los 13 y los 15 años— es una preocupación que aumenta cada vez más entre padres y maestros.

En este sector social la masculinidad se construye alrededor de la propiedad de objetos, materiales o simbólicos, cuya ostentación pública confirma la virilidad. Coches, relojes y ropa de ciertas marcas, etc. En este caso la masculinidad no se manifiesta únicamente a través del cuerpo mismo o de las prácticas sexuales, sino que aparece a través de los objetos.

Con respecto a la sexualidad, predomina la idea de que los hombres necesitan satisfacer sus impulsos, ya sea a través de relaciones sexuales o mediante la masturbación. Pueden cambiar de pareja o mantener una relación estable, aun cuando estén al mismo tiempo involucrados en encuentros sexuales (“frees”) con otras chicas, sin que ello implique un compromiso afectivo.

Al mismo tiempo, los jóvenes se preparan para cumplir con el estereotipo del proveedor responsable, lo cual manifiestan estudiando y ocasionalmente trabajando en alguna empresa familiar, lo que también les permite ejercer su masculinidad en la esfera pública. La idea de la masculinidad se construye alrededor de jóvenes exitosos, que saben lo que quieren, seguros de sí mismos, asertivos, competitivos, con el mundo en sus manos y listos para aprehenderlo, dinámicos, activos y emprendedores. Sin embargo, el estereotipo del joven exitoso debe enfrentar una serie de presiones que derivan de las expectativas de los otros con respecto a su futuro, no sólo con el fin de garantizar un lugar adecuado para sí mismo, sino también para mantener la posición social lograda por sus padres, ya sea a través de la empresa familiar, la profesión del padre o una carrera en las altas esferas de la iniciativa privada o del gobierno.

Las expectativas y el proyecto de vida del joven y de sus padres permiten visualizar el conflicto que provocaría un embarazo inesperado, si éste ocurre a una edad que no sea la prevista para formar una familia (a partir de la segunda mitad de la tercera década de vida). Vale la pena mencionar que, en este tipo de familias, los jóvenes pasan por lo que podríamos definir como una adolescencia prolongada, manteniéndose en sus familias de origen y dependiendo económicamente de sus padres, usualmente hasta que se casan.

El riesgo de embarazo, del cual los jóvenes están bien conscientes —dada la información que reciben de sus padres y de la escuela—, no garantiza el uso de métodos preventivos en sus prácticas sexuales. El joven no contempla utilizar protección contra las ITS, ya que por lo general se inicia con la novia o en alguna relación sin compromiso, pero que en cualquiera de los dos casos se trata de alguna joven perteneciente a su mismo sector social y que por lo general forma parte de su grupo de amigos. Ya que son muchachas que él conoce o que son sus iguales, no considera necesario tomar precauciones, hecho que incrementa los riesgos.

Este joven exitoso también debe mostrarse sexualmente experimentado. Sus parejas le exigen una relación placentera y un desempeño sexual satisfactorio. Esto hace una diferencia con respecto a los otros sectores sociales, porque si las jóvenes exigen habilidad y destreza con el fin de disfrutar la relación, significa que las mujeres en este contexto se perciben a sí mismas como sujetos deseantes, que sienten deseo erótico. De esta forma, el estereotipo tradicional que da por sentada la mayor experiencia del hombre, es puesto al servicio de la satisfacción sexual de la mujer a través de sus propias demandas. Pero lo anterior tiene su contraparte: la joven espera que el hombre sepa de y utilice métodos anticonceptivos, hecho que, como tiende a demostrar la investigación realizada, muchas veces no ocurre, ya que la información que el joven posee casi siempre es teórica y poco efectiva. Durante el cortejo, la primera relación sexual ocurre luego de numerosas conversaciones sobre el tema, pero sucede en respuesta al impulso del momento, depende de la oportunidad y de la disponibilidad de un lugar adecuado. Incluso cuando la pareja ha tenido una relación más prolongada, el uso de métodos preventivos tiende a ser errático y poco consistente (véase Quintino Pérez, 2005).

La identidad femenina parece estar construida en una lucha entre un modelo tradicional y uno moderno, que las chicas jóvenes perciben como una opción y que se basa en las oportunidades que se derivan del acceso a los estudios, la posibilidad de optar por una carrera universitaria y el ejercicio de una profesión. Sin embargo, sus proyectos también incluyen —aun cuando sea para más adelante en la vida— la formación de una familia, ser madres y mantener una relación matrimonial estable.

La presencia de estos dos modelos también explicaría la coexistencia de varios estereotipos que parecen enfrentarse. Por un lado, la imagen tradicional de la mujer asexual: romántica, soñadora, sentimental, tierna, cariñosa, dulce y con instintos maternales, en oposición, por otra parte, a la joven asertiva y segura de sí misma, con planes y proyectos futuros y con capacidad de escoger y decidir aquello que necesita, tomando en cuenta las opciones disponibles.

Lo anterior explicaría algunas de las conductas contradictorias de estas jóvenes. Mientras que por un lado manifiestan actitudes favorables hacia el sexo pre-matrimonial, por el otro sólo lo legitiman a través del discurso amoroso, y cuestionan la iniciación sexual de las chicas que consideran demasiado jóvenes (entre los 14 y los 16 años). También, en algunos casos, utilizan el argumento de la embriaguez como causa de algún cuestionable encuentro sexual en el que literalmente perdieron la cabeza —argumento comparable con el del discurso amoroso—.

Además, estas jóvenes mantienen la división entre chicas “buenas” y “malas”, rasgo que pone en evidencia otra contradicción. La joven que inicia una vida sexual activa es vista como alguien que está despertando un impulso incontrolable que tratará de saciar con distintas parejas, conducta catalogada como indeseable. Aún más, si trasciende públicamente que una chica ha tenido relaciones sexuales en un “free”, puede ser catalogada como una chica “zorra”, “fácil”, “loca”. Si esto ocurre, se deduce que los hombres tratarán de tener con ella relaciones sexuales sin compromiso.

Esto explica por qué en este sector la libertad sexual tiene sus límites: las jóvenes no deben tener muchas parejas sexuales. Una chica que tiene relaciones sexuales no recibe una censura generalizada si éstas —con uno o más novios sucesivos— ocurren dentro de una relación seria.

En suma, ser mujer en este sector resulta conflictivo porque las mujeres tienen más opciones y mayores oportunidades de concretarlas; por lo tanto, los modelos tradicionales son cuestionados aun cuando continúen operando, un hecho que las distancia del mundo de los adultos y al mismo tiempo las priva de los modelos a través de los cuales pueden construir su propia identidad.

Finalmente, en este sector, los jóvenes de ambos sexos tienen grandes posibilidades de interactuar, gracias a que poseen recursos económicos y una variedad de lugares diseñados especialmente para ellos. A pesar de esto, la familia ejerce controles sobre las jóvenes aun cuando éstos se van relajando a medida que ellas crecen (la idea de mayor permisividad para los varones se mantiene entre los padres). En suma, la manera en que los jóvenes de ambos sexos tienden a relacionarse pareciera implicar una apertura considerable

para abordar temas y preocupaciones relacionados con la sexualidad pero, al mismo tiempo, presenta el riesgo de tener relaciones sexuales espontáneas y libres —que por lo tanto se efectúan sin protección, al menos en los primeros encuentros—.

Si los embarazos tempranos son menos visibles que los que ocurren en otros sectores es probable que sea porque la mayoría de ellos termina en abortos, dadas las presiones que reciben las y los jóvenes para cumplir con sus expectativas de vida. Normalmente los abortos se realizan durante las primeras semanas del embarazo y son cuidadosamente ocultados, no sólo del conocimiento público sino muchas veces hasta de los mismos padres.

Conclusiones y discusión

Aun cuando serían necesarios un mayor análisis y una mayor interpretación, consideramos que lo que aquí hemos presentado ilustra claramente la importancia de la interacción entre los estereotipos de género, la conducta sexual de los adolescentes y sus posibles consecuencias en términos de embarazo, nacimientos, estado civil y formación familiar. Además, y esto es más importante para nuestro propósito, muestra de manera clara que existe una gran diversidad de significados, patrones y trayectorias que se manifiestan cuando comparamos las expresiones concretas de esa interacción en los diferentes contextos socioculturales estudiados.

El análisis realizado subraya la importancia de las condiciones materiales y sociales, así como de las opciones de vida y aspiraciones, en la determinación no sólo del momento y las condiciones en que ocurre la sexualidad adolescente, sino también del curso que toma la vida de los individuos, las parejas y las familias, cuando ocurre un embarazo temprano.

Resumiendo algunos de los resultados:

En el *sector marginal* el estereotipo del varón audaz, atrevido y transgresor, contrasta con el de la mujer sufrida, sumisa, maternal y siempre luchadora. Él debe tener las habilidades del cazador para poder saciar su impulso sexual, lo cual confirmará su virilidad públicamente; ella tiene que probar su respetabilidad siendo deseable pero al mismo tiempo manteniendo a los hombres a raya, ya que ser respetable es la mejor garantía de que el varón asuma la responsabilidad frente a un embarazo.

Este juego tiene lugar en un medio donde son comunes las familias desintegradas, donde existen condiciones precarias y pocos incentivos para continuar en la escuela, donde las condiciones para una supervisión paterna y la comunicación con los jóvenes escasean. Los jóvenes deambulan con su pan-

dilla por las calles; las chicas, una vez terminada la escolarización —cuando tienen entre 13 y 14 años de edad— son recluidas en sus hogares y frecuentemente explotadas, maltratadas y abusadas, y cuentan con muy pocas oportunidades de socializar con sus iguales de ambos sexos.

Las opciones de vida existentes se reducen a encontrar una manera de subsistir. Para los varones eso significa emplearse en trabajos esporádicos e informales dentro de la construcción o el servicio público, y muchas veces la obtención de algún dinero producto de actividades ilícitas. Para las mujeres significa la maternidad y los trabajos eventuales como sirvientas en casas particulares, hospitales o empresas.

Las aspiraciones de los varones son poder dejar el alcohol y las drogas al asumir la responsabilidad de ser proveedores de una familia. Para las chicas son poder escapar de la insoportable situación familiar al involucrarse con alguien que las “ame” (que les demuestre algo de afecto), embarazándose y convirtiéndose en madres para así ser respetadas y obtener prestigio como mujeres.

Las consecuencias de la interacción entre los estereotipos de género, las condiciones sociales y las aspiraciones y opciones de vida son: una iniciación sexual temprana, total ausencia de protección, embarazos tempranos (que casi siempre conducen a uniones consensuales pero también a veces a la maternidad en soltería) y nacimientos tempranos. Los abortos (clandestinos y riesgosos) probablemente ocurran en su mayoría en casos de abuso sexual.

Dadas las condiciones existentes, las políticas sociales vinculadas con el mejoramiento de la información, con la educación sexual y el acceso a la anticoncepción, son insuficientes, ya que no corresponden sino de manera muy parcial con las necesidades existentes. Resulta necesario mejorar las condiciones tanto sociales como económicas para, de esta manera, abrir aspiraciones de mejores opciones de vida que propicien la demora de los nacimientos. Facilitar la permanencia en la escuela por un mayor número de años propiciaría mejores condiciones en dicho sentido, particularmente para las mujeres.

En relación con el *sector popular*, encontramos que al estereotipo del varón corresponde: ser fuerte, tomar la iniciativa en sus relaciones con las chicas, ser responsable de sus actos; mientras que a los de la mujer corresponden ser y parecer respetable, es decir, modesta, tímida, sin mucha información, asexual y casta. Para los hombres, la iniciación sexual es un signo de haber alcanzado la hombría y muchas veces ocurre con prostitutas, ya que las jóvenes de su medio social no están disponibles sexualmente.

Se otorga un gran valor a la familia y la mayoría de éstas tiende a estar integrada. Hay mucho control y supervisión a los jóvenes, especialmente a

las chicas. Existen grandes incentivos para estudiar y prepararse; muchos varones jóvenes estudian y trabajan. Todos aspiran a posponer el matrimonio hasta la tercera década de sus vidas. Las muchachas crecen bajo presiones contradictorias entre la expectativa de socialización heterosexual —las jóvenes deben tener novio cuando han llegado a los quince años— y las restricciones impuestas por los padres. Por lo tanto, los noviazgos tienden a mantenerse ocultos a los padres, hasta que la relación es más madura.

Una vez que se ha establecido una relación más seria, la confianza juega un papel principal: la confianza entre la pareja (el varón asumirá la responsabilidad si ocurre cualquier cosa) y confianza por parte de los padres (ella es una chica buena y él es un galán responsable y trabajador). Bajo estas condiciones, puede que la chica consienta en tener relaciones sexuales, pero solamente a través del elixir del amor, único argumento que puede servir de excusa a la transgresión de las fuertes normas morales de la castidad y la virginidad. La joven reprimirá sus necesidades y deseos sexuales y continuará jugando el juego de las apariencias. Existirá muy poca comunicación sobre la sexualidad entre la pareja. Puede que se contemple la anticoncepción, pero será difícil que se ponga en práctica, especialmente durante los primeros encuentros, debido a la interacción de los estereotipos.

En este contexto social, las opciones de vida y las aspiraciones incluyen, para las chicas, terminar los estudios de preparatoria o una carrera corta, trabajar para ayudar a la familia y especialmente para tener algún dinero para sí mismas (en este contexto social fronterizo sí existían, cuando se realizó el trabajo de campo, oportunidades de empleo para ellas), y luego casarse y tener hijos. Para los varones, estudiar una carrera universitaria, técnica o administrativa, trabajar en posiciones intermedias en empresas comerciales o manufactureras y alcanzar una posición que les permita formar y mantener una familia.

En términos de consecuencias, la iniciación sexual de las chicas parece demorarse más allá de los 17 a 18 años y a menudo más tarde, cuando ocurre el matrimonio. Cuando hay embarazos inesperados, éstos tienden a darse dentro del contexto de noviazgos prolongados, con el consiguiente efecto de precipitar el matrimonio e interrumpir la conclusión de los posibles estudios. Los padres tienden a presentar reacciones negativas fuertes y duraderas. Los varones aceptan la responsabilidad de la paternidad. Existe una fuerte oposición al aborto debido a los arraigados valores morales católicos. Siempre prevalecerá el rol de la maternidad.

Dadas las aspiraciones de posponer el matrimonio y la paternidad, la educación sexual (educación para la vida) podría contribuir a la prevención de embarazos no deseados; pero tendría que incluir ingredientes muy pode-

rosos, dirigidos a los adultos que están en contacto directo con los adolescentes, en especial a los padres y maestros, para estimular el cambio de los valores culturales prevaecientes acerca de los roles de género y la sexualidad adolescente. ¿Cómo pueden ayudar y apoyar los adultos a los adolescentes si éstos niegan su sexualidad y por lo tanto no pueden hablar directamente con ellos acerca de lo que ocurre y sobre lo que *podría* ocurrir en sus relaciones heterosexuales?

Pasemos a la *clase media alta*. Aquí vimos que los estereotipos masculinos acentúan la confianza en sí mismos: la actividad, la competitividad, el carácter emprendedor; mientras que la identidad femenina gira en torno a la contradicción entre los estereotipos tradicionales de la mujer romántica, sentimental y tierna, y las aspiraciones modernas de ser seguras, asertivas y con planes independientes para el futuro. La virginidad es menos valorada que en otros sectores, aun cuando mantiene su importancia a nivel del discurso.

En este sector social la adolescencia se prolonga y dura muchos años. Existe muy poca supervisión directa de los padres, quienes están muy ocupados para ello. Los adolescentes poseen muchos medios y variedad de lugares para la socialización heterosexual. Tienden a conformar grupos con sus iguales, y tanto las amistades como los noviazgos suelen ocurrir dentro de estos grupos. Ocurren encuentros sexuales ocasionales, ya sea con el(la) novio(a) o con un(a) amigo(a). Aun cuando los adolescentes poseen mucha información acerca de la anticoncepción y hablan a menudo de sexualidad con sus parejas, los primeros encuentros suelen ocurrir de manera espontánea, cuando se da la ocasión y sin protección alguna, a menudo bajo la influencia del alcohol y las drogas. Las opciones de vida son múltiples. Tanto los varones como las mujeres aspiran a terminar una carrera universitaria y siguen sus intereses y vocaciones. Formar una familia está incluido en sus planes, pero para mucho más adelante en sus vidas.

En términos de consecuencias, tal parece que la iniciación sexual está ocurriendo más temprano que en las generaciones previas. Probablemente existe un número considerable de embarazos, pero la mayoría se mantiene oculto y es interrumpido, dada la importancia que se otorga a terminar una carrera universitaria y cumplir con las aspiraciones de clase social. El acceso a abortos seguros es relativamente fácil dados los medios económicos y sociales disponibles, aun cuando el aborto es ilegal. Algunas familias más conservadoras pueden escoger continuar con el embarazo y, dependiendo de la “calidad” de la pareja, presionar para que se forme un matrimonio temprano (en cuyo caso los estudios podrían ser interrumpidos), o quedarse con el niño y criarlo dentro del seno familiar. Cualquiera que sea el camino que se escoja, la tendencia será el apoyo familiar para llevar a cabo la decisión.

Luego de sintetizar los resultados, nos gustaría subrayar algunos aspectos que ameritan una mayor reflexión y discusión.

Resulta muy importante para las consideraciones acerca de las políticas a seguir, el descubrimiento de que, aparentemente, la primera relación sexual ocurre sin medidas preventivas efectivas en los tres sectores sociales estudiados y a pesar de las diferencias en el acceso a la información y los anticonceptivos. De acuerdo con Gogna y Ramos, que parafrasearon a Paiva (1993:100), “podríamos decir que el ‘sexo seguro’ se enfrenta a las ideas más básicas de la masculinidad y la feminidad” (Gogna y Ramos, 1996:16). O, tal como Szasz lo ha expresado: “los valores que representan los mayores riesgos sociales y de salud se derivan de la divergencia que existe entre la moral sexual para los varones y la moral sexual para las mujeres” (Szasz, 1998:87).

Existe una conclusión adicional que podría aparentemente derivarse de nuestro estudio y que merece mayor análisis y reflexión: la mayoría de los encuentros sexuales que terminan en embarazos parecen ocurrir, en los tres sectores sociales estudiados, al interior de relaciones de noviazgo más o menos estables, y no a través de “encuentros” ocasionales o entre conocidos. Parecería existir un fuerte ingrediente de “confianza” en estas relaciones; esta “confianza” incluye diferentes dimensiones que pueden actuar de manera distinta en los diversos sectores. Confianza en que “no pasará nada” (muchos jóvenes creen o se sugestionan con que sólo uno o algunos encuentros sexuales no darán como resultado un embarazo); confianza en que “la pareja se ocupará de la situación” (ya sea previniendo un embarazo o “asumiéndolo” si éste ocurre).

Un tercer aspecto que también amerita mayor análisis y discusión es el hecho aparente de que, a pesar de algunas similitudes en los estereotipos y en la forma en que éstos actúan en los tres sectores, los resultados en términos de cuándo —a qué edad y en qué etapa de la vida— tienden a ocurrir los embarazos, su frecuencia relativa, si conducen a un nacimiento, a una unión, a un matrimonio, etc., son aparentemente muy diferentes en los distintos sectores (véase Stern, 2005).

De acuerdo con Nathanson y Becker (1983) propondríamos que lo que ellos denominan “estructuras de oportunidades” (lo que nosotros hemos llamado “opciones de vida”) —tanto objetivas como, podríamos añadir, subjetivas en forma de aspiraciones— cuentan con un peso específico en la explicación de esas diferencias.

Finalmente, y aunque hay mucho camino que recorrer en el estudio y el análisis, parece ser que muchos de nuestros resultados tenderían a confirmar nuestro punto de vista (Stern, 1995a; 1998) en el sentido de que la mayoría de las políticas sociales existentes, dirigidas a prevenir el embarazo adoles-

cente en México, carecen de una adecuada comprensión del problema y de las necesidades de los adolescentes en los diferentes contextos sociales. Aquí hemos señalado algunos aspectos relacionados con esto, pero se necesita mayor análisis para sustentar las limitaciones de las políticas existentes de acuerdo con la realidad de cada sector social, así como para ser capaces de recomendar políticas más realistas.

Recibido: junio, 2006

Revisado: agosto, 2006

Correspondencia: El Colegio de México/Centro de Estudios Sociológicos/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/C. P. 10740/correo
electrónico: cstern@colmex.mx.

Bibliografía

- Amorós, Celia (1995), *Diez palabras clave sobre la mujer*, España, Verbo Divino.
- Amuchástegui, Ana (2001), *Virginidad e iniciación sexual en México: experiencias y significados*, México, Edamex, Population Council.
- (1998), “Virginidad e iniciación sexual en México: la sobrevivencia de saberes sexuales subyugados frente a la modernidad”, *Debate Feminista*, vol. 18, año 9, octubre, pp. 131-151.
- Arias, Rosario y Carlos E. Aramburú (1999), *Uno empieza a alucinar... Percepciones de los jóvenes sobre sexualidad, embarazo y acceso a los servicios de salud: Lima, Cusco e Iquitos*, Lima, Redess Jóvenes, Fundación Summit.
- Castañeda, Xóchitl, Raquel I. Castañeda, Emperatriz Delgado, Nora Brie, Elizabeth Cancino y Martín de la Cruz (1997), “Adolescencia, género y sida en áreas rurales de Chiapas”, en Esperanza Tuñón Pablos (coord.), *Género y salud en el sureste de México*, México, El Colegio de la Frontera Sur, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp. 55-83.
- Gogna, Mónica y Silvina Ramos (1996), “Lay Beliefs and Gender Stereotypes: Unacknowledged Risks for Sexually Transmitted Diseases”, conferencia Reconceiving sexuality: International Perspectives on Gender, Sexuality and Sexual Health, Río de Janeiro, 14-17 de abril.
- Henriques-Mueller, María Elena y João Yunes (1993), “Adolescencia: equivocaciones y esperanzas”, en Elsa Gómez Gómez (ed.), *Género, mujer y salud en las Américas*, publicación científica, núm. 541, pp. 46-67.
- Huici, Carmen y Miguel Moya (1997), “Estereotipos”, en J. Francisco Morales (ed.), *Psicología social*, México, McGraw-Hill, pp. 285-333.
- Luker, Kristin (1996), *Dubious Conceptions: the Politics of Teenage Pregnancy*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.

- Mendieta, Néstor (1998), "Anticoncepción, sexualidad y vida. La historia convertida en cuerpos adolescentes", en Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Centro de Estudios de Estado y Sociedad y Centro de Estudios de Población, *Avances en la investigación social en salud reproductiva y sexualidad*, Buenos Aires, AEPA, CEDES, CENEP, pp. 55-76.
- Nathanson, Constance (1991), *Dangerous Passage: the Social Control of Sexuality in Women's Adolescence*, Filadelfia, Temple University Press.
- Nathanson, Constance y Marshall H. Becker (1983), "Aspirations, Opportunity Structures, and Reproductive Roles as Determinants of Contraceptive Behavior among Adolescent Women", Annual Meeting of the Population Association of America.
- Paiva, Vera (1993), "Sexuality, Condom Use and Gender Norms among Brazilian Teenagers", *Reproductive Health Matters*, núm. 2, noviembre, pp. 98-108.
- Pantelides, Edith Alejandra, Rosa N. Geldstein y Graciela Infesta Domínguez (1995), *Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia*, Buenos Aires, Centro de Estudios de Población.
- Quintino Pérez, Frida (2005), *Sexualidad y género: un estudio sobre relaciones de pareja y prácticas sexuales de uso y no uso del condón en los jóvenes*, México, El Colegio de México, tesis de maestría.
- Román Pérez, Rosario (2000), *Del primer vals al primer bebé. Vivencias del embarazo en las jóvenes*, México, Instituto Mexicano de la Juventud, Colección Jóvenes, núm. 9, noviembre.
- Stern, Claudio (2005), "Poverty, Social Vulnerability, and Adolescent Pregnancy in Mexico: a Qualitative Analysis", en Susana Lerner y Eric Vilquin (eds.), *Reproductive Health, Unmet Needs, and Poverty*, París, Committee for International Cooperation in National Research in Demography (CICRED), pp. 227-278.
- (2003a), "Significado e implicaciones del embarazo adolescente en distintos contextos socioculturales de México: reseña de un proyecto en proceso", *Estudios Sociológicos*, vol. XXI, núm. 63, pp. 725-745.
- (1998), "Embarazo en la adolescencia: el problema y las políticas para afrontarlo", *Los hechos se burlan de los derechos: IV Informe sobre los derechos y la situación de la infancia en México 1994-1997*, México, Colectivo Mexicano de Apoyo a la Niñez, pp. 79-89.
- (1997), "El embarazo en la adolescencia como problema público: una visión crítica", *Salud Pública de México*, vol. 39, núm. 2, marzo-abril, pp. 137-143.
- (1995a), "La protección de la salud reproductiva de nuestros jóvenes requiere de políticas innovadoras y decididas", *Carta sobre Población: Boletín Oficial del Grupo Académico de Apoyo a Programas de Población. Temas selectos*, vol. 1, núm. 3, febrero, pp. 1-6.
- (1995b), "Embarazo adolescente: significado e implicaciones para distintos sectores sociales", *Demos. Carta Demográfica sobre México*, núm. 8, pp. 11-12.
- Stern, Claudio, Cristina Fuentes-Zurita, Laura Ruth Lozano-Treviño y Fenneke Reysoo (2003b), "Masculinidad y salud sexual y reproductiva: un estudio de caso

- con adolescentes de la Ciudad de México”, *Salud Pública de México*, vol. 45, suplemento 1, pp. 34-43.
- Stern, Claudio y Gloria Elizabeth García Hernández (1999), “Hacia un nuevo enfoque en el campo del embarazo adolescente”, *Programa de Salud Reproductiva y Sociedad*, año 2, núm. 13, septiembre.
- Szasz, Ivonne (2006), “Relaciones de género y de clase social en la construcción cultural de las prácticas sexuales en México”, Seminario de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, El Colegio de México, 30 de junio.
- (1998), “Sexualidad y género: algunas experiencias de investigación en México”, *Debate Feminista*, vol. 18, año 9, octubre, pp. 77-104.
- Villaseñor Fariás, Martha y Jorge D. Castañeda (2003), “Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: análisis de significados en adolescentes”, *Salud Pública de México*, vol. 45, suplemento 1, pp. 44-57.